

ANTE LA MUERTE DE SOLANA

INFLUENCIA DE LA VIDA EN LA OBRA DEL PINTOR

SOBRE el recuerdo de Solana ha quedado la Medalla de Honor. En España su pérdida ha significado la ausencia del mejor pintor contemporáneo, al decir de muchos críticos españoles y extranjeros, singularmente estos últimos. Todavía es pronto para que la figura transcendental de Solana en el Arte contemporáneo tenga su verdadera medida.

L A V I D A

La curiosidad del lector le habrá puesto en alerta acerca del pintor Solana. De su obra sabrá algo por sí mismo y también por las afirmaciones o negaciones rotundas que le habrán llegado, y mi misión, como un curioso más, se reduce a ponerle «al tanto» acerca de una vida y de una obra que mi afición y mi deber me han permitido descubrir con más verosimilitud que el anecdotario o la contemplación corriente.

Para conocer la obra de un hombre es necesario saber su vida. El ejemplo d'orsiano del Perugino no sirve. Están tan íntimamente ligadas, que una sin otra no pueden comprenderse por completo. Por eso deseo que antes de entrar en el «caso Solana» penetremos en la vida del hombre, que se ha reflejado en toda su producción. Y, antes de todo, considero preciso describirlo tal y cómo era : el gran paleta del mundo. Su figura era alta, fuerte y en-

tera. Sobre su cabeza pelada casi siempre se alzaba un tupé de clown. Vestía trajes que parecían de segunda mano, usados y con flecos. No supo nunca el falso valor de la corbata y de la camisa. Se trajeaba sólo para cubrir su desnudez, sin otro propósito. Hablaba poco y mal. Cuando alguna vez intervenía en una conversación empleaba el «yo» de esta forma: «Uno cree», «Uno piensa», «A uno le ocurrió una vez». Esta manera personal de singularizarse sirve mucho para explicarle. Cuando daba la mano, la daba de verdad. La estrechaba entre las suyas, de gran cavador, de jornalero a destajo, y la apretaba fuerte. Incansable fumador, sus cigarrillos se le quedaban olvidados en los labios. Al andar, se balanceaba como si fuera en un barco que no encontrara nunca puerto, y el humo gris del pitillo parecía una aureola sobre su facha torcida, tocada con un sombrero ladeado, fuera de sitio. Una explicación suya en términos propios era siempre una afirmación categórica. Cuando su dedo ancho, macizo, casi cuadrado, señalaba algo, había señalado todo lo que puede haber. Era un hombre antiguo, casi prehistórico, al que, por un azar, se le había trasladado al día de hoy. Ignoró en absoluto el valor del teléfono, del automóvil, y se sorprendía ante los telegramas. No comprendía que existiera otro idioma que su castellano recio y contundente. Vivió tres años en Francia, en diferentes estancias, y nadie le oyó pronunciar nunca una sola palabra en francés; y, así, al llegar por primera vez a París a exponer sus lienzos, le dijo al chófer: «A la fonda.» Solana no suponía que en la falsa ciudad de la Luz pudiese haber más de dos fondas, y menos aún varios hoteles. Para él tuvo siempre menos interés que Alcobendas.

El hecho de un nuevo conocimiento; de trabar una amistad, de acordar una cita, de acudir a una Exposición o de saludar a un amigo, para Solana revistió caracteres de acontecimiento. Era un hombre transcendental. A su lado, las cosas eran tres veces más de lo que son. Con él no cabía la broma, la chirigota ni el esparcimiento. Toda su persona respiraba importancia, y por estar a cabo de todo, le atenazaron más las fórmulas. Por eso prefirió la soledad. Yo, que aspiro a ser su biógrafo en próximo libro, cono-

cí su casa y su habitante. Y, como medio fácil de explicar al hombre, diré cómo era su habitación.

COMO VIVIA EL PINTOR

Habitaba en un barrio apartado, cercano a los trenes que nos llevan a tierras de Toledo y la Mancha. Al entrar en su piso, lo primero que veíamos, después de subir empinada escalera, en la que un cartel nos advertía que todos los vecinos pertenecen a la parroquia de ¡La Paz!, era un perchero, lleno de ropa nueva que nunca se ponía. Después, una colección de pinturas, en las que predominaba el tema de la Muerte, un desfile de cuadros, de extraños objetos y de magníficas tallas, que nos llevaba a «su salón», que era también comedor, donde el pintor, junto a su gata, recibía a los escasos visitantes. Las demás habitaciones las poblaban caretas, maniqués, lienzos de famosas firmas y «cosas raras» cubiertas por una espesa capa de polvo, que se hacía más ostensible en los muebles antiguos traídos de la provincia. Viejos relojes descompuestos parecían dar campanadas siniestras, recordándonos a todos que una hora determinada será la que acabe con nuestra existencia y con nuestros pobres afanes. Su casa era el reducto en donde se refugió el artista cuya vida fué un enigma.

Yo quiero presentar algunos aspectos de ese enigma. No diré todavía todos, porque sería demasiado desagradable, y espero que el lector los adivine.

Solana asiste, durante toda su existencia, a un tremendo desfile, que, en sus sueños, revive como una pesadilla trágica. Y retazos de esa procesión nocturna que le persigue y le atenaza es lo que voy a presentar. Son datos hasta ahora desconocidos.

Vivía el pintor, de pequeño, en la calle del Conde de Aranda, número 9, en donde nació. Eran sus padres Manuela Gutiérrez Solana y Montón de Abril y José Romano Gutiérrez Solana. Necesitaron dispensa eclesiástica, por vínculo familiar, para contraer matrimonio. El padre procedía de rica familia santanderina emigrada en Méjico. La madre, de un pueblo también de Santander: Arredondo. El matrimonio, adinerado, atendía con solicitud

y regalo a los varios hijos. Estos fueron nueve, muriendo tres de ellos a corta edad. El padre, médico, aunque nunca ejerció su carrera, coleccionaba minerales, libros y máquinas de fotografía. En el barrio le conocían con el sobrenombre de *El Santo*.

La casa era espaciosa. Los muebles, isabelinos, grandes y macizos, señalaban su origen de casona provinciana. Un día, contando Solana cinco años, se halla sólo en el piso. Es Carnaval, y las criadas, con los hermanos, habían salido a los Caños y a la Pradera. El niño, temeroso, oye llamar a la puerta de la casa; creyendo que es algún familiar, acude; pero la agitada campanilla anunciaba, no a una figura amiga, sino a un espantoso mascarón que en el vano, amenazándole, entre chillidos y contorsiones, le empujó, derribándole y cerrando tras él la puerta. El niño, arrinconado, rompe a llorar entre hipos. El mascarón, con una careta de «mulo» y una escoba, se precipitó sobre el pequeño, dando gritos y brincos. El niño, espantado, pierde el sentido. Al volver en sí se encuentra entre los suyos. Aquella noche soñó, quizás para siempre...

Otro día... Gloria era la niña mimada de la familia y en especial de Solana, que se sentaba cerca de su hermanita en las veladas del invierno, cuando su padre leía escenas del Quijote y de las Mil y una Noches para el pequeño auditorio familiar. Una mañana la pequeña amaneció con fiebre alta. A los pocos días murió. El no se enteró del fallecimiento. Sólo supo que la enviaron a unas habitaciones superiores, con orden de no salir, donde el padre guardaba sus colecciones de minerales, y que allí se encontraban todos sus hermanos. Sin saber por qué, la curiosidad le impulsó al piso bajo. Procurando no ser visto, se fué hacia el llamado salón de recibir, cuyos muebles aparecían cubiertos de fundas blancas. Sobre una mesa de mármol se hallaba un pequeño ataúd que entre azucenas guardaba el cuerpo de su querida hermanita. El, sin conocer lo que era la Muerte, la llamó, como siempre, gritando cerca de su oído el nombre con voz queda: «¡Glorita! ¡Glorita! ¡Glorita!» Al ver que no contestaba, se atrevió a tocarle las manos,



La guerra

y las encontró heladas; luego, el rostro, y, por último, el mármol. Todo era igual. Esta «sorpresa» de la Muerte le deja profunda emoción. Lo recordaba diciendo: «Todo era blanco... como una canción...»

Una noche oyó extraños ruidos en el piso de sus tíos, que ocupaban la misma casa. Eran éstos una hermana de la madre del pintor y un hermano del padre. Una gran desgracia les acongojaba. Por la tarde, según costumbre, la criada había ido al parque del Retiro a llevar al hijo pequeño del matrimonio, del que estaban prendados los padres. La muchacha empezó un chicoleo con unos soldados que, con gran sable y vistoso ros, ensayaban sus posibilidades de tenorios. El niño, aburrido, quería volver a casa, y uno de los quintos, para entretenerle, le dió una naranja. El pequeño se alejó con ella, haciéndola rodar. La tardanza en volver asustó a la muchacha, que salió en su busca, dejando el sabroso palique. Sus gritos de auxilio hicieron a los soldados acudir de prisa en su busca. No era en vano. Sobre el suelo se hallaba el niño, amoratado y sin voz. Pretendió comerse la naranja entera, y ésta se le quedó en la garganta, ahogándole. Un señor, que pasaba por las cercanías, al llegar aconsejó que se le introdujera un bastón para lograr así que la asfixia no se produjera. Fué inútil. Al llegar a la Casa de Socorro el pequeño expiró. Al saber la noticia los padres sólo desearon una cosa: tener el cuerpo del niño en su casa. Y un pariente amable les conformo el deseo. De noche robó de la Casa de Socorro el pequeño cadáver, y burlando el sueño del guarda y las sombras de la luz, que repartía miedos por las paredes, y llevando bajo la capa el trágico envoltorio, que aparecía como una llamada a cada irón, llegó a la casa. Los gritos de la madre al ver al niño hicieron que Solana acudiera. Y sus ojos vieron cómo debajo de la capa un hombre sacó a su pequeño primo, desfigurado, terrible, con una larga lengua colgando entre los labios, gordos, amoratados y feos, más horribles aún entre la gorguera de encajes del cuello de un traje azul. No lo quería creer; pero su compañero de juegos aparecía allí, delante de él, como una máscara terrible, más espantosa aún por ser una máscara niña...

Solana, de niño, tuvo un solo amigo: *El Mudo*. Era este personaje un hermano de su madre que nació deficiente. Le sentaban por la mañana en el portal de la casa, y allí permanecía horas y horas, mientras el mundo giraba entre sus pupilas, inmóviles, como en un espejo, sin penetrar en el cerebro. Solana oía cómo los niños de la calle le decían al pobre pariente: «¡Tonto! ¡Tonto!» Le producía una gran pena y un gran temor. Le retrató a la edad de quince años, y nos lo ofrece con todo su espanto: usaba siempre un traje a cuadros grandes, negros y blancos, como un arlequín trágico. No abandonaba de la mano un largo bastón, a cuya contera sacaba un brillo áureo, y un pañuelo de colores, con el que se limpiaba, incansable, la baba que no cesaba de caer de sus labios. *El Mudo* estaba siempre con el niño. Este le oía pronunciar constantemente las únicas sílabas que logró decir. Componían un nombre de mujer: María. Con él prendido en los labios, quedaba, sentado en el portal, como un vigía perdido, horas y horas. Una tarde de agosto murió *el Mudo*. Su última palabra fué el nombre de mujer. Solana, al saberlo, lloró mucho; pedía tener como recuerdo un pañuelo de los que usó *el Mudo*, y el bastón, al que prometía tener siempre con la contera brillante. No le hicieron caso. Y es curioso consignar que la tumba de *el Mudo* coincidió al lado de otra cuyo epitafio empezaba con el nombre que tanto dijo en su vida: María. Una flor unía los dos sepulcros. Lo comentaban los acompañantes del cortejo, que tristemente regresó de un viejo y apartado cementerio.

Estos fueron algunos de los hechos más salientes de la infancia del pintor. No tienen importancia las pedreas a la salida del colegio, que le curaba la portera con telas de araña; ni la muerte alejosa que con las moscas hacía un condiscípulo suyo, que las tapaba con papeles, para luego, con un agudo alfiler, traspasarlas. Tampoco tienen demasiado interés las excursiones que hacía en Santander con un profesor francés, que les hacía ir con gorra y uniforme, y que manejaba un bastón por la ciudad. Pero este instrumento de apoyo se convertía en escopeta para matar pájaros. El uniforme y la matanza de las aves a Solana le producían un gran

disgusto. Odiaba al señor francés con todas las potencias de su alma, y era al que siempre mataba cuando en los acantilados jugaba a ser pirata o Simbad el Marino.

La idea de la Muerte, que conoció tan bien de niño, no le abandonó de mayor.

En la escuela de San Fernando, donde ingresó después de un examen de retórica, en el que dijo que la poesía bucólica era cosa de comer, con gran algazara del tribunal, esta idea se fija. A ello ayudó las enseñanzas del profesor de Anatomía de la escuela, que se recreaba en enseñar a los alumnos la diferencia de los cráneos humanos y la diferente disposición de un lienzo blanco sobre un cuerpo vivo o muerto. Los pliegues lo delataban. Las clases las abandonó pronto. No acudía a ellas. Prefería la charla, ante una frasca de vino, con dos compañeros, los cuales ambos murieron locos. A esta edad empieza sus andanzas por Madrid. Rebusca en los sitios más absurdos la imagen de la Vida. Huye del centro de la ciudad, que detesta, para refugiarse en las afueras y oír las confesiones de los que esperan en una cola la comida de la caridad, o las desdichas que le cuentan los que recalán en los bancos que la capital tiene para los desgraciados de la Vida. Sabe de penas y de quebrantos. Acompaña los duelos y entierros que el azar le presenta en el camino, y sabe de los llantos de viudas y huérfanos. Los cementerios son su lugar preferido. Se aprende los letreros y se detiene ante las fosas olvidadas, contemplando los restos humanos y el trabajo de los gusanos. Su silueta alta, flaca, en la que el cuello planchado aprisiona una cabeza en trance de caída baja por las tardes, en los crepúsculos, con la sabiduría de quien tiene la certeza de que todo es polvo. Os podía referir sucesos tremendos y descripciones macabras de quien ha conversado con los despojos que la vida arrincona en las chozas de la Alhóndiga o con los habitantes de nichos abandonados. Pero sería, por demasiado real, desagradable. Y acude a todo trance de agonía, no por placer —entiéndase bien, pues él es siempre el hombre entero, cabal y español, en que no caben sombras de Baudelaire, que aquí no tienen ambiente y en él eran imposibles—; acude a lo moribundo, por-

que cree saber que la Muerte y sus cercanías son la fuente de una vida nueva. Le obsesiona el dolor y el más allá, y está como centinela constante en todo sitio donde nos pueda ofrecer la verdad de lo visto para que nos arrepintamos y sepamos del polvo y de su miseria. El, que es un místico en el espíritu y brutal y prehistórico en sus apetitos, es siempre, o pretende ser, la lección, al igual que Valdés Leal cuando nos lega *Las postrimerías*. Las salas del Hospital conocen su facha, que recorre todos los rincones, para pasar al Depósito de cadáveres, y allí, destapando los rostros, sorprenderles la última mueca, para, convencido, decirnos luego que los hombres son unos imbéciles —utilizo su lenguaje—, que ignoran que van a morir y se dedican a la frivolidad. Descubierta el elucidario de Madrid, marcha a Santander; desde allí publica sus terribles libros, que atienden a los títulos siguientes: *Floren- cio Cornejo, Madrid: escenas y costumbres; Madrid callejero* y *Dos pueblos de Castilla*. No os recomiendo su lectura, porque no quiero buscar vuestro desasosiego. Escribe como habla. Desprecia los estilos y la forma. Sólo aspira a decir cosas interesantes, y para él solamente lo son las penas de los mendigos; las desgracias de las mujeres que son marcadas por los chirlos de los peores chulos, de quien él se venga dejándolos retratados para siempre con su ignominia y su canallería. Las páginas hacen desfilar a un mundo de horror. Nos refiere las mascaradas del entierro de la sardina; la última puñalada y el último grito que se oye en el Canal, donde se solazan los mascarones, y las cosas que pasan en los bailes que la ciudad tiene en las afueras. Todo un mundo de pesadilla se nos ofrece con caracteres tan reales, que lo vemos ante nosotros. No perdona el detalle macabro, el más triste o el más desconsolador. Sabe que es su misión no ocultar todos los resortes de la maldad humana; de su desgracia y de su vencimiento, y se ensaña con verdades como puños que todos ignoran, pero que él es el avisado para recogerlas. Yo aseguro que hay páginas que obligan a abandonar la lectura, cuando se ha conocido, un día, una tarde de sol, toda la gracia de un jardín. Un mundo abisal es el que parece surgir de esos relatos fríos, escuetos, espantosos y, lo

que es peor, auténticos. En el estilo y en la forma hay un momento que recordamos a los clásicos, ya que Solana es heredero de ellos. No se cuida de la ortografía y, como detalle curioso, os diré que él, al hablar de su editor, dice que era muy bueno por la sola razón de que le arreglaba las faltas de ortografía de sus escritos.

En Santander conoce al *Lechuga*, al que juzga más interesante que a los Valle-Inclán y Baroja de su tertulia madrileña del café de Levante, en la que nunca habló, porque se reía por dentro al oír mentiras al lado de las verdades que él sólo sabía. *El Lechuga* es un pobre artesano que en las horas libres torea a un gato en su casa y, cuando puede, a su misma mujer, que, dócil, accede al capricho marital. La amistad con el aprendiz a novillero le hace sentirse torero, y un buen día los carteles de la ciudad de Montilla le presentan a la afición. Con un traje gris sucio y desgarrado, quiebra a un toro de treinta y cuatro arrobas y le da seis lances con los pies quietos. La cuadrilla y los amigos que llevaba, al ver en inminente riesgo su vida le retiran del ruedo. El, enfadado, sale a la plaza y en la jardinera que le llevó con el traje de luces deshilachado, se sienta a fumarse un apestoso puro, diciendo que lo que él había hecho era lo que había que hacer. No volvió más a la plaza, por creer que nada de lo que hacían los toreros tenía valor, ya que eso lo hacía cualquiera. Y sólo presenció la fiesta en los más perdidos pueblos. Y en ellos vió morir desangrados a los torerillos sobre una mesa manchada de vino y operados con unas tijeras prestadas. Y conoció, cómo, bajo los crepúsculos cárdenos y morados, los mozos y labrantines daban muerte a las pobres bestias, acorraladas junto a la fuente de la plaza, a navajazos; y vió también cómo en cierto pueblo de Cáceres a la mujer que se atreviera a cortar las patas del toro, se las daban como regalo, y presenció la muerte de los caballos y se detuvo en su mirada implorante, mientras con las patas desgarraban, en sus últimos estertores, las tripas abiertas por la cornada. Y él, tan amante de los hombres y de los animales, sufría e incluso lloraba porque tales cosas pudieran ser. Un día vió retornar a Santander a su hermano Luis, ausente en los Estados Unidos, que le era de-

vuelto con el juicio perdido, muriendo al poco. Otro día su madre, su adorada madre, a la que él tanto gustaba de acariciar las manos, cuando en el piano, de pequeño, le interpretaba la oración de una virgen, la contempla también con la razón extraviada. Y, mientras en la buhardilla de la casona que ocupan pinta y pinta, entre tabaco, y vino, que bebe para olvidar, le llegan los gritos desgarradores de la madre, que se queja de horribles dolores imaginarios, y la madrugada le sorprende pintando, y oyendo la cantinela terrible y machacona de la madre enloquecida. Y los alaridos quedan en el lienzo como la expresión de su desesperación.

Cansado de Santander, vuelve a Madrid. Ocupa una casa vieja que llena de máscaras, de muñecos mecánicos, de relojes provincianos, con lentas y pausadas campanadas y de esqueletos para sus cuadros. Va a la tertulia de Pombo, que desprecia por falsa, y en donde él y Ramón son los únicos que saben algo importante; aunque el segundo le equivoque alguna vez con la pirueta genial. Nos deja a los tertulianos en el célebre lienzo esperando algo que no llega. Parece como si estuvieran convocados para una cita imposible. Su nombre, por estas fechas, es conocido. Le halagan los que no le comprenden de verdad e incluso le hacen homenajes. Son escritores del 98 y modernistas a lo que él, *como ha escrito*, desprecia por igual. Sigue solitario, sin amigos y sin compromisos sociales, que no tolera. Pinta y vende mal en España, aunque en el extranjero se disputan sus cuadros compradores como el célebre Sargent o como los museos de Buenos Aires; el de Artistas Contemporáneos, de París; el de Brooklin, de Oslo, y de Alemania, Italia y Estados Unidos. Le compran por excelente pintor, y a nadie se le ocurre fijarse en otra cosa que en las bondades de una pintura encerrada en el modo más tradicional de la escuela española, madre de toda pintura, ayer, hoy y mañana. El no pinta para la exportación, como otros que envían toreros, mozas andaluzas, patios sevillanos y una España de pandereta. El ofrece una humanidad que es igual en Nueva York, en París, en Berlín, en Londres, en Roma o en una aldea perdida de Colombia. El hace una pintura universal, que asombra por sus valores, por su intención y por

su hondo contenido humano, sin fronteras. El hace de lo particular la referencia, que es lo difícil. Los éxitos no le interesan. A París, que le aplaude por tres veces, le considera un lugar sin interés, al lado de sus pueblos. No consiente, como ya sabemos, pero insistimos, como síntoma, en pronunciar una sola palabra en francés en los tres años que estuvo en la ciudad de la torre Eifel, que ni siquiera se detuvo a mirar. El anda por París para descubrir los mismos tipos que hemos visto aquí, y, desde luego, en su explicación, mucho peores, por ser complicados. Su libro inédito sobre París es una revelación de una ciudad desconocida por los demás. Es el París desnudo y puesto a la contemplación de sus inmundicias. No hablará del Bosque de Bolonia; pero nos explicará sus ferias; no nos describirá la plaza de la Concordia, pero nos dirá cómo es de verdad el barrio judío, y cómo son de tenebrosos sus habitantes, a los que espía, para luego decirnos sus vergüenzas. Es el hombre ancestral y el pintor al que le ha estado permitido descubrir las entrañas de todos los objetos y el secreto de toda la humanidad, en su más recóndita intimidad, valga la redundancia. El ha «desnudado» a las cosas más de diez veces para dejárnoslas, mondas y lirondas, en toda su verdad.

En la Pintura mundial, cuyos primeros puestos lo ocupan hoy, como sabéis, apellidos españoles, el de Solana, según los críticos extranjeros, es el primero, junto al de Ensor. Esto basta, tardíamente, para enorgullecernos. Y yo quisiera que estas líneas, en las que, de forma telegráfica, he dado al lector sucinta cuenta de una vida demasiado interesante; pero cuyo anecdotario y relato entero nos ocuparía demasiado tiempo, sirviera para explicaros el por qué de la obra que tanto se prestó a confusiones. El pintor no puede pintar lo bonito o lo feo, sino aquello que le interese y que llegue a su sensibilidad. Y la Pintura, como un medio de expresión más, no se limita, como algunos creen, a servir de adorno encima de un sofá o a decorar las paredes de un gabinete. La Pintura es algo más que la definición que quieren aplicarle los que la ven tras el ojo de una cerradura. No nos asustemos por las máscaras de Solana. Atendamos, curiosos, a su lección, que está, no

sólo en el propósito intelectual, que debe tener toda obra, sino también en el extraordinario mérito pictórico de la pincelada. Sepamos apreciar el valor de los violentos toques de color, que compone y juega como pocos. Detengámonos en su dibujo realista, donde todas las dificultades de la línea están vencidas en la traducción exacta del movimiento y hasta de la contorsión. Veamos al artista que ha logrado dejar plasmada la concepción vital, sin que nada accesorio se interponga entre la vida que capta y la personalidad que plasma. Oigamos la dialéctica que crea entre cada elemento de lienzo; entre cada objeto, como sabiendo que en dotar de expresión y de diálogo a lo que pinta está el último «quid» de la Pintura. Y en sus cuadros existe la conversación entre los colores, entre los rostros de los que esperamos la palabra o el grito de angustia que van a exhalar. Solana ha hecho el milagro. Toda pintura lo es por el hecho de la creación; pero cuando con el medio se nos da a conocer el símbolo en una amplitud de términos como nos la da el pintor madrileño, entonces surge el pintor de excepción. No importa que se alejen de él aquellos a los cuales el asunto les molesta. Es lo mismo que si pretendiéramos huir de la Muerte. Lo feo es tan real como lo bonito, y la enseñanza de sus lienzos, bien digerida, es mucho más provechosa, en un posible orden educativo, que la contemplación de un ramo de claveles.

Solana, que no ha tenido maestros, enlaza con los mejores pintores de la Pintura española directamente. Para él no han existido los intermediarios. Su pintura se ríe de los hallazgos impresionistas y de todos los ismos. Es la pintura eterna. El define la pintura textualmente diciendo: «Decir con los pinceles TODO lo que tenemos delante, incluso lo que no se ve.» En ese «todo» se define su capacidad importante. El ser sumiso a la verdad de las cosas, sin transformarlas, es lo más difícil. Y él, en sus cuadros, medidos, dibujados y hechos, se suprime para ser medio. Sólo que las cosas, al pasar por su espíritu, se transforman para hacerse importantes, y dejar de ser reflejo para ser resurrección.

Solana, que desprecia todos los ismos, desde el apolinarismo hasta el klasismo, pasando por los devotos de «dadá», quiere que la



La vuelta de la pesca

pintura tenga raíces, y éstas sean hondas, bien afincadas al modelo, para diseccionarlas en toda su pureza, sin que la inversión desenfoque su sentido. Solana es el pintor sin épocas. Todos han marcado una evolución, menos él. Hoy, un cuadro suyo sin fecha, como todos los que pintó, puede atribuirse el día de mañana a un año indeterminado. Es el pintor eterno, cuya retina no sufrió variación. Estuvo tan convencido de los porqué, y de que los azules y los verdes son iguales, que ha podido, en ímpetu triunfal, permanecer igual; porque igual es para él el mundo de las formas y del color. Si os acercáis a cada lienzo veréis su gran verdad en la misma disposición de la materia, que carece de habilidad, que está puesta con la honradez del que sabe que no hay que mentir en la vida para nada ni para nadie. No hay retoques ni confusiones, cada pincelada ocupa su sitio y da la nota justa en la sinfonía terrible del lienzo. No hay nada superfluo ni aparece el truco. La razón es que siempre pintó para él, y sus cuadros se hacinaban en su casa. Sin la presencia del hermano Manuel, que fué su guía y lazarillo, Solana no se hubiera enterado de que había exposiciones. El, con caminar por los pueblos perdidos y viajar en el vagón que lleva el farol rojo de la noche, era feliz, y más, si después, al regreso del peregrinar, podía trasladar al lienzo lo mucho visto, que a veces son cosas tan simples como unos hombres cargando vino, el carro de la carne o tres máscaras de una aldea. Solana, viajero por obligación, pintaría igual mientras creyera que los hombres piensan poco en la Muerte. El día que nos hubiera sabido a todos buenos, sería feliz. El, que era un hombre-niño de cuatro metros, vivió desasosegado. Yo sé bien que su mejor deseo fué el que todos fuéramos perfectos en un mundo perfecto. La vida, que tanto le castigó en los años pasados, le hizo exclamar, al preguntarle yo una tarde que por qué no se casaba: «Uno no se casó porque la única esposa que uno tiene es la huesa, la huesa», y al decir esto, una clara sonrisa de niño bueno y sencillo se dibujaba en su cara de payaso asustado, mientras el dedo señalaba el suelo con insistencia.

Yo pido al lector, que ya que conoce retazos de una existencia

atormentada, ante su obra, piense en lo que quiere decir, ya que como lo dice no necesita muchas explicaciones, ni es mi propósito de ahora hacer crítica de arte. Pensar en el hombre retirado en su sala olvidada, que rehuyó tratos, halagos y homenajes, y que sintió en su corazón como propios los dolores de todos, y que allí, en su terraza de silencio, pintó, mientras oía dar en los relojes que movían muñecos las horas de su vida que le acercaban a la Muerte, que tanto amó. Para no olvidarla, tenía un pequeño esqueleto que le acompañaba en el gabinete, y en sus oídos, como el insistente ruido de una caracola marina, los alaridos de su madre, que le acompañaron tantos años en su trabajo, que ha dado a España muchos motivos de gloria, al ser ensalzado su nombre glorioso de pintor. Y vosotros, lectores de este envío, que no es sino resumen apresurado de datos e impresiones, sacad la consecuencia que más os agrade si de algo ha servido mi intento de trazar una silueta que, por creerla sinceramente española y apasionante, os he presentado, con el único deseo de que sea referencia para vuestra afición. Yo, simplemente, he procurado ilustraros en la vida y milagros de un hombre que le dicen el mejor pintor, fué un sér que amó, sufrió y ha creado lo suficiente para que de él nos ocupemos los que aspiramos en la vida a sufrir y a luchar, mañana, como ayer, por la mayor gloria de España, a cuyo servicio todos nos debemos.

EPILOGO

Hemos intentado un resumen de una vida, como ayer intentamos una síntesis crítica de su obra. Creemos con ello haber cumplido una obligación para informar a los lectores de una existencia que por tantos motivos influye en el Arte. Un próximo libro hará el análisis minucioso de los muchos e ignorados acontecimientos de los largos y anchos años de Solana.

Quede, por hoy, sobre su memoria nuestra admiración sin condiciones, y de su figura el recuerdo de un día en que, juntos en el

estudio, Solana lloraba viendo marcharse la tarde, mientras una lluvia ponía en el aire una neblina gris y plata...; lloraba porque «los hombres no eran buenos», y lo decía por referirme el suceso de unos mozalbetes que sacaron los ojos a un perro abandonado que él recogió... Nosotros aseguramos que en nuestra vida no hemos encontrado que un hombre, a los cincuenta y ocho años, llorase tan sinceramente por un caso igual. La indignación es fácil; pero aquellas lágrimas eran también la razón suprema de su obra, que es ya, para siempre, orgullo del Arte español.

M. SANCHEZ CAMARGO